



Análisis CIPEI N°21
3/2022

Notas preliminares
sobre la invasión rusa
a Ucrania y la
relevancia del factor
geopolítico en el siglo
XXI



Centro de
Investigaciones
en Política y
Economía
Internacional

Por
Emilse Calderón



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

UNR

Universidad
Nacional
de Rosario

El **Centro de Investigaciones en Política y Economía Internacional** (CIPEI) tiene como finalidad desarrollar y promover investigaciones sobre temas de economía y política internacional contemporánea con foco en el siglo XXI. Forma parte del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

Trabaja en torno a 4 áreas temáticas: Economía, Política Internacional y enfoques de Política Exterior, Seguridad internacional y Metodología.

El **Análisis CIPEI** es una publicación mensual del Centro. Consiste en artículos cortos escritos por miembros del Centro e invitados sobre temas de actualidad y relevantes para la Política y la Economía Internacional.

Equipo editorial

Marina Zalazar

Nicolás Alesso

Juan Cruz Alegre

Agustina Vienna Acosta

María Florencia Marina

Inés Gullo

Florencia Picia

María Florencia Guzmán

Notas preliminares sobre la invasión rusa a Ucrania y la relevancia del factor geopolítico en el siglo XXI

Por Emilse E. Calderón¹

La acción militar iniciada por el presidente de Rusia Vladimir Putin el 24 de febrero de 2022 sobre Ucrania atenta contra los principios de soberanía e integridad territorial que constan en la Carta de Naciones Unidas, y ocasiona una situación catastrófica desde una perspectiva humanitaria considerando las bajas civiles y los más de 3 millones y medio de refugiados que, al momento de escribir estas líneas, están siendo expulsados del país eslavo arrasado por los bombardeos. Esta escena signada por el quebrantamiento de la legalidad que rige el orden internacional y las consecuencias atroces para la población civil está fuera de toda discusión, como también el hecho de que no revisten novedad si se hace un repaso de situaciones similares en otras latitudes. No obstante, si restringimos la diversidad de variables que se articulan para materializar la naturaleza compleja de este contexto al factor geopolítico, y lo enmarcamos en el esquema de poder que se ha venido configurado entre los Estados durante las últimas tres décadas, constatamos la vigencia abrumadora de una de las premisas basales de las Relaciones Internacionales y del Realismo como corriente de pensamiento occidental, pronunciada hace más de 2000 años por Tucídides: "Los poderosos hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben".

De este modo, la relevancia descolante que tiene el factor geopolítico se refracta en el accionar internacional de los actores de mayor peso involucrados directa o indirectamente en el conflicto. De hecho, y en primer lugar, nos permite entender por qué Rusia dio por tierra, sin miramientos, sus esfuerzos de años por insertar su economía en el circuito global del comercio y las finanzas mundiales al iniciar una acción bélica a sabiendas de que le devengaría en un sinfín de sanciones que profundizarían su situación de aislamiento relativo, que data de 2014 a razón de la anexión a Crimea y su apoyo a los grupos separatistas de la región ucraniana del Donbass. Sin embargo, el impacto de tales sanciones parece estar dentro del cálculo estratégico de Moscú. Un cálculo en el que, sin lugar a dudas, es férrea la

¹ Doctora en Relaciones Internacionales, profesora de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario e Investigadora Asistente de CONICET, Rosario, Argentina.

decisión política de resaltar lo que concibe como líneas rojas en lo atinente a su seguridad. Por eso, el objetivo prioritario indicado una y otra vez por el Kremlin es desmilitarizar a Kiev, al tiempo que la condición irrevocable para el cese al fuego continúa siendo que se garantice que nunca formará parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Así, desde un primer momento, la retórica oficial del gobierno ruso se refiere a una operación militar acotada a ese propósito y frente a la cual la población civil no tiene por qué temer, intentando de este modo contrarrestar la idea de una invasión con una posterior situación de ocupación. Hasta el momento, sin embargo, ninguna de las dos cosas ha ocurrido. Por un lado, la afectación de la población civil es cada vez más concreta e intensa y los ataques no han cesado pese a la destrucción de más de 3000 instalaciones e infraestructura militar. Por el otro, la ocupación se plantea como un escenario excesivamente oneroso para un país que tiene recursos limitados, una situación financiera que en el corto plazo se ha complejizado en demasía y cuya planificación estratégica en el campo de batallas se ha encontrado con una serie de dificultades operacionales en lo absoluto desdeñables.

En segundo lugar, posicionándonos desde la mirada de la OTAN, el factor geopolítico si bien por estos días parece estar escindido de la prudencia, dota de validez estratégica la continuidad de la política de puertas abiertas confeccionada implícitamente contra Moscú y la concreción del proyecto del escudo antimisiles. A grandes rasgos, la primera se ha materializado en cinco ampliaciones sucesivas de la membresía plena que señala una tendencia expansionista de la Alianza con dirección al este, mientras que el escudo con misiles significó un cerco virtual sobre el Kremlin que condiciona sus capacidades de defensa. Por su parte, entrado el siglo XXI Rusia se convirtió en la amenaza más contundente para la Alianza en Europa y no solo debido al hecho de conservar un poderío no convencional excepcional. En este sentido fue determinante la evolución de un vínculo confrontativo y desafiante con respecto a Occidente y al liderazgo norteamericano por parte de un gobierno como el de Putin, con una impronta nacionalista que se fue acentuando con el correr de los años y cuya política exterior incrementó su asertividad frente a distintos temas de la agenda global y escenarios estratégicos. De esta manera, Rusia fue dando cuenta a lo largo de las últimas dos décadas de su vocación y determinación por reflatar su rol de potencia en el sistema internacional con su correspondiente zona de influencia sobre la cual exige que se le reserve el derecho de facto de decidir y accionar sobre las cuestiones inherentes a la paz y seguridad internacional. La avanzada bélica contra Kiev confirma la presunción de la OTAN acerca de la necesidad de contener a Moscú.

Por último, es también la relevancia de ese mismo factor geopolítico el que corre a China de su incólume defensa a la integridad territorial para permitirle abrazar casi en simultáneo la premisa de que deben ser consideradas las preocupaciones de seguridad de todos los Estados. De este modo, Beijing logra asistir desde la diplomacia a un socio que le es vital y obligado, por distintos motivos, en un contexto de reconfiguración del orden

internacional sin abrir un frente de tensión con Europa ni Estados Unidos, o poner en riesgo su imagen como nueva potencia responsable. El rol de mediador, sea buscado o asignado por defecto, le sienta acorde a sus aspiraciones de proseguir con una política de desarrollo pacífico, en un mundo en el que las relaciones internacionales necesariamente tienen que devenir de manera lo más estable posible para garantizar una transición del orden, sin eventos que aceleren de modo peligroso determinados procesos como lo está haciendo la crisis ucraniana.

Consecuentemente es factible entender que estos tres actores, Rusia, la OTAN y China, están comportándose internacionalmente tal y como les permiten hacerlo sus recursos de poder duros y la circunstancia de que la geopolítica es para ellos, en el sentido quizás más cabal de la expresión, el ámbito más álgido en el que se expresa el interés nacional de un Estado.

Sin embargo, la relevancia del factor geopolítico también aparece en las consecuencias devenidas de su más rotunda carencia. Ejemplo de ello es la búsqueda legítima e irrestricta de Ucrania como Estado independiente y soberano de ejercer su derecho a asociarse con los Estados u organismos que le pareciesen más convenientes desde la perspectiva de su interés nacional. Esto da cuenta de la ignorancia más profunda por parte de Kiev sobre su posición en la geopolítica mundial en tanto actor estatal débil en lo que respecta a su acervo de poder duro, que linda con una potencia nuclear con pasado imperial, cuyo sentimiento de inseguridad con respecto a sus fronteras es tan hondo como su convicción acerca de su potestad en la región en la cual se inserta geográficamente. Asimismo, evidencia un menosprecio por las pruebas que devienen de la historia reciente en las cuales se materializa la vocación firme e inapelable del Kremlin por liderar las cuestiones atinentes a la seguridad internacional en su extranjero cercano con la anexión de Crimea en 2014, cuyo impacto estratégico y simbólico fue rotundo. Incluso, yendo más atrás en el tiempo, podemos observar que para Rusia la factibilidad táctica de ejecutar una intervención militar en su vecindario sin cosechar una respuesta armada por parte de Occidente ya acaeció en Georgia durante su incursión de 2008. Es más, la posibilidad de llegar a una decisión política como la adoptada por Moscú frente al avance de la OTAN comenzó a ser delineada desde principios del siglo XXI al ritmo de los constantes y cada vez más severos reparos antepuestos frente a las ampliaciones en su membresía y el posterior despliegue del escudo antimisiles.

Finalmente, si alejamos un poco el lente analítico del teatro de operaciones ucraniano y de las acciones desplegadas por Rusia podemos apreciar el significado que este conflicto bélico conlleva para el devenir de la política y del sistema internacional. Más allá del riesgo de una escalada nuclear que, desgraciadamente, no es menor ni certeramente remoto, la situación configurada en torno a Ucrania confirma la crisis de la gobernanza global. Al respecto, no queda lugar a dudas que Rusia está quebrantando las reglas del orden internacional existente, instauradas bajo los preceptos de la Carta de Naciones Unidas y según las cuales los problemas relativos a la paz y

seguridad se abordan en el marco del Consejo de Seguridad y atendiendo a las normas del Derecho Internacional. Pero tampoco se puede obviar la circunstancia de que el irrespeto de tales reglas ha sido una práctica reiterada por parte de varios de los estados que hoy las enarbolan como estandartes absolutos e irrevocables. Esta circunstancia, si bien no debiera ser una carta blanca para los Estados que los habilite a llevar adelante acciones ilegales e ilegítimas como la propinada por Moscú, es indicativa del escaso valor intrínseco de las reglas en cuestión y de la imposibilidad efectiva de exigir su respecto. Por tanto, la capacidad concreta de que las potencias del sistema ejecuten una gobernanza global sobre los asuntos de seguridad internacional queda desdibujada de manera irreparable.

En este contexto en extremo desolador para la comunidad global por su alto potencial de peligrosidad, la esperanza radica en el establecimiento consensuado de condiciones superadoras a las preexistentes al conflicto bélico en Ucrania para que los grandes poderes estatales sientan que sus intereses estratégicos más vitales son respetados. Restablecer líneas rojas infranqueables en un mundo en el que conviven potencias tradicionales, nuevas, emergentes y re emergentes cuyos esquemas de pensamiento no responden a un único patrón cultural ni a una experiencia histórica común, parece una opción válida en un sistema internacional roto. Incluso, pese a que ello sea injusto para Estados que, como Ucrania, quedarán condenados a tener una autonomía cercenada o a sufrir irremediabilmente lo que deben por compartir vecindario con los intereses estratégicos de los grandes poderes.



TWITTER - INSTAGRAM

@cipei_unr

FACEBOOK

@cipei.unr

MAIL

cipei@fcpolit.unr.edu.ar

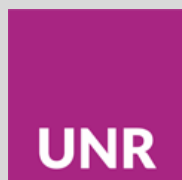
WEB

www.cipei.unr.edu.ar



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO



Universidad
Nacional
de Rosario